

FRANCISCO FUSTER

Durante la siesta

Diálogo cómico en un acto

La Muñeca

Cuadro dramático en un acto



Precio: UNA PESETA

MADRID

Sociedad de Autores Españoles

1914

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRAS

N.º de la procedencia

3955

Durante la siesta

Estas obras son propiedad de su autor y nadie podrá sin permiso, reimprimirlas ni representarlas en España ni en los países en los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados o representantes de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DURANTE LA SIESTA

diálogo cómico en un acto

ORIGINAL DE

Francisco Fuster

Extrenado con general aplauso en el teatro de

La Protectora

la noche del 8 de Diciembre de 1913.



PALMA DE MALLORCA

Tip. de S. Pizá.—Jardín de la Reina, 19

1914

Me complazco en hacer constar que al representar este diálogo la niña Margarita Forteza lo ha hecho con una gracia tal, que a ella debo más que al diálogo, los aplausos que me ha tributado el público.

El Autor

PERSONAS

Mercedes. SRTA. M. FORTEZA.
Eduardo. SR. F. AGUILÓ.

La acción en Madrid
Época actual

Derecha e izquierda, las del actor





ACTO ÚNICO

Plaza a donde desemboca una calle por el foro y otra que cruza de derecha a izquierda, portal de una casa y al lado de éste una ventana con reja de las mismas dimensiones que aquel, varias macetas de donde arrancará una enredadera que abrigará la mayor parte de la reja. MERCEDES de pie en el portal.

ESCENA ÚNICA

MER. ¡Válgame la Virgen de los Desamparados! Las tres, las tres, y sin venir. Ya es demasiado, no, lo que es a mí ya no me la pega más, se lo juré el mes pasado después de haber estado dos semanas sin acercarse por ahí, se lo juré anteayer, y el gran pillo, para enmendarlo, ayer no le ví el pelo, y hoy... yo créo que hoy ni le veo el pelo ni lo demás. (Al público.) ¿No les parece a ustedes que hay motivo para tirarme de los míos? ¡Pégármela a mí! A mí, la más salada y más graciosa que madre alguna ha tenido! ¡Ah, Granuja! vamos que no sé por qué he aguantado tanto tiempo. ¡Dos meses! Si ya no me acuerdo casi del día en que le otorgué la correspondencia verbal y pase de aproximación. Estoy resuelta; de mí ya no se burla más, a eso no lo pasé ni a Juan ni a Isidro, ni a Roque ni a los siete u ocho antecesores de ese golfo, y él no va a hacerme cambiar

- el genio, a ese le digo cuatro verdades, y... le retiro el pase. Eso, bueno que lo hiciera con las demás mujeres, pero a mí, ¡a la moza más formal que pisa tierra! (Viendo llegar a EDUARDO por la derecha.) ¡Ah, él! ¡Oh, y que a punto viene! Ahora, la fin del mundo por los siglos de los siglos.....
- EDU. (Que se habrá acercado a ella creyendo no haber sido visto.)
Amen.
- MER. ¡Ah! ¿Eres tú? ¿Y de dónde viene lo bueno tan de mañana?
- DDU. Pues mira..... pues de ahí.
- MER. Con que. ¿De ahí?
- DDU. Claro. ¿Y qué dice mi niña?
- MER. Pues..... la niña, no dice nada.
- EDU. Lo dices con ese retintín que yo, la verdad, me pareció como si tuvieras algún resentimiento de mí. ¡Dios no lo consienta!
- MER. ¡Tonto! Si Dios no consiente cosas imposibles; mira si lo consentiría siendo tú como eres el hombre más meloso, gentil y galán para su dama.
- EDU. Puede que lo digas en broma, pero mira: las dos pesetas que me distes, si no hubiera sido por el «Largo», que me convidó a bacalao frito y a unas copas en el merendero de Antoñito el Tuerto, que me las gasté, pues tenía la intención de guardarlas para hacerme un dije de ellas. Ya ves, ¡un dije! sólo porque había sido un regalo tuyo, quería guardarlas como joya de inapreciable valor. ¿Quieres firmeza más firme que la mía?
- MER. Oye tú, que de tanta firmeza blasonas. Haz favor de tenerte bien..... firme y no apoyarte en mí, que no sirve mi persona para sostener adefesios.
- EDU. ¡Ay, que gracia! Vamos, dime lo que quieras que no me ofendo, porque cuando tus pala-

bras pasan por esa boquita divina, se convierten en rosas, que regalas al que tiene la inmensa dicha de hablar contigo.

MER. ¿Con que rosas, eh? Pues mira, apóyate a la pared, no vayas a caerte con el peso, porque voy a regalarte un jardín, el más florido de Andalucía.

EDU. ¿El más florido? ¡Olé, mi morenal!

MER. Pues, primeramente debo decirte que ya te puedes ir apañando en buscar otros arrimos, que los míos ya no son para tí, porque yo no aguanto más las perradas de un golfo como tú, ni me avengo a desempeñar el papel de suplente, así es que te agradeceré que me devuelvas todas aquellas prendas que en prueba de mi amor te dí, que ya están haciendo falta a otro.

EDU. ¿A otro? Oye, tú. ¿Son esas las flores del jardín florido con que habías de regalarme?

MER. Sí, y eso no es más que un capullo que aún está por abrir.

EDU. Pues mira, te suplico que las demás flores que tengas que darme, me las des..... así, por las hojas.

MER. ¿Cómo por las hojas?

EDU. Claro, mujer. ¿Pues no estás viendo que a ese diab'lo de capullo, me lo has dado por el tallo y que en él había la mar de espinas y que todas me las has clavado?

MER. Pues eso, clavado es como te voy a dejar. ¿O es que te crees que ignoro todos los malos pasos que estás dando? ¿O es que te has creído tratar con alguna de esas perdidas con que te estás amartelado a todas las horas del día?

EDU. ¡Merceditas, que te vas saliendo del surco!

MER. Con que, saliendo del surco, eh? Vamos a ver: Contéstame tú mismo si es razón que

todos los días me hagas estar junto a este portal, esperándote horas y más horas, y atacarme de nervios al ver pasar tanto tiempo para que al cabo y al fin me quede con el plantón las más de las veces y tú, ni acordarte del santo de mi nombre.

EDU. ¡Claro que no es razón! Pero contéstame tú ahora. ¿Es que yo no me vengo aquí todos los días de la semana a estas horas más o menos, desde el lunes hasta el domingo, ambos inclusive y viceversa?

MER. ¿De modo que vienes todos los días?

EDU. Sin faltar uno, mujer. ¿Pero que he de decirte; tú misma no lo estás viendo?

MER. ¿Y ayer?

EDU. ¿Ayer?... Bueno, pues, quitando ayer. Ya sabes tú que todos los días estoy junto a tu vera hasta tanto tu madre duerme la siesta.

MER. ¿Pero dónde estabas ayer?

EDU. Pues mira; ayer no vine por causa del trajín que tuve; figúrate, dos tias, tres tios, y otros cuatro entre primos y primas que vinieron a Madrid, y ya ves, los cumplimientos que no me les pude dejar hasta muy anohecido.

MER. ¡Ah! Con que... tios, tias, primos.....

EDU. Y primas.

MER. Eso es, y primas. Pues mira, desde hoy arréglate con tus parientes y lo dicho, me devuelves cuanto tienes mío, como prenda de amor, que a otro le hará más provecho

EDU. ¿Pero niña, me quieres decir qué te pasa?

MER. ¿Qué ha de pasarme hombre? Nada; pere ya ves, uno que tiene tantos parientes, es imposible que se acerque a ninguna moza porque como siempre tiene que estarse con cumplimientos.....

EDU. ¿Pero quién te ha dicho a tí que tengo tantos parientes? Vamos a ver.

MER. Nadie hombre, yo misma que lo estoy viendo. ¿O es que no te acuerdas de las dos semanas que te las estuviste mondas y lirondas sin acercarte por ahí, también por causa de tus parientes, y gracias a que yo te ví una tarde con una *prima*, y por la facha de la tal *prima* conocí toda tu parentela?

EDU. ¿Pero no te he dicho muchas veces que aquella no era más que la conocida de un amigo mío que tuve que acompañarla al Cuartelillo por causa de una causa seguida contra ella, por haber obsequiado a un guardia con unos cuantos mordizcos en... salva sea la parte, un día que tuvo una riña con una vecina?

MER. ¿Y ayer también hubo causa?

EDU. Causa, buena la hubo por mis parientes, ya te lo he dicho.

MER. Es que aquella vez, también te excusabas por la misma causa de hoy, y gracias a que yo lo ví por mis propios ojos.

EDU. Pero, vamos a ver: ¿Qué te propones hoy con sacarme episodios pasados? Nada, que parece mentira que por un día....

MER. ¿Un día sólo, verdad? ¿Y el martes de la semana pasada?

EDU. ¿El martes de la semana pasada?... ¡Ah, sí!... Pues mira, también por unos parientes....

MER. ¿Pero no me dijistes que era por causa de un dolor de muelas?

EDU. Sí, eso es, la semana pasada fué por el dolor de muelas, dispensa.

MER. ¿Y la anterior a la pasada?

EDU. ¿La anterior a la pasada? Pues mira, ahora no me acuerdo.... ¿No sería por unos parientes?....

MER. Eso creía yo, pero según tú dijistes fué por tener que ir a sacarte la cédula.

EDU. Justo, y la placa al perro, que es como si dijéramos dos cédulas.

- MER. O dos placas.
- EDU. Vaya mujer, que tampoco merezco que me trates de perro.
- MER. Yo no te trato de nada. Yo no quiero tratarte de nada. ¿Lo entiendes? De nada.
- EDU. Vamos, explícate. ¿Qué te propones, hablándome de esta manera?
- MER. Ya te he dicho que de tí no quiero saber nada. Ahora mismo te marchas y mañana vuelves a entregarme lo mío y en paz.
- EDU. Pues no lo has tomado con poca manía a eso de que te devuelva todo lo tuyo.
- MER. Como que ya te he dicho que hacía falta a otro.....
- EDU. ¿Con que a otro? Pero tú hablas en serio?
- MER. Ya sabes que así he hablado siempre, en serio.
- EDU. ¿Es decir que tengo un rival.....?
- MER. Ya te lo he dicho, y mira, date prisa que creo que mamá ya se despierta.
- EDU. Aunque se despertara del juicio final no había de moverme. ¡Vamos, con que un contrario, un indecente, un ladrón, que se propone robarme lo que más quiero del mundo! Dime, dime, quién es, para que vaya a descuartizarle al momento. ¡Y yo que al principio lo creía, así..... como, guasa!
- MER. Buena guasa te canta! Y a lo de descuartizarle, te digo que ¡miau! Lo que a ese le sobra, es corazón para amarme, valor para buscarte a tí aunque sea al fondo de un precipicio; y puños para que así que te encuentre hacerte picadillo.
- EDU. ¡Picadillo!..... ¡Y le defiende! Es decir que ya te pones de su parte. ¡Pero es posible eso, Dios mío! No, no es posible: no es posible que tú, la niña encantadora, el ángel de mis pensamientos, por un así como así, ya me

dejes desamparado, en mitad del arroyo entregado a la desesperación más grande, sin otro recurso que tirarme por el viaducto boca abajo, para poner fin a mi infeliz existencia, único patrimonio que me queda al quedarme sin tí.

MER. Nada, no creas ablandarme, ya te conozco; eso mismo me decías ya la otra vez que te despedí. Con que ya lo sabes, mañana vuelves para entregarme lo mío.

EDU. ¿Lo tuyo? ¿Y persistes en ello? Pero escúchame: ¿crees tú que yo puedo devolverte lo tuyo?

MER. Qué. ¿Ya lo has empeñado?

EDU. No, no he empeñado nada. ¡Antes empeñaría, a ser posible, el aire que respiro! ¿Pero cómo quieres que te devuelva.... eso, que dices que es tuyo? Tú me distes tu amor! ¿Y sabes lo que hice de él? Pues construir un templo en mi alma, formado de esperanzas hermosas, sublimes; de suspiros de amor, de noches de insomnio, de lágrimas de ternura y de latidos de mi corazón, y después encerrar dentro este templo, ese amor que me distes y rendirle culto y adoración, en todos los instantes, en todos los minutos de mi existencia, contemplar siempre ¡siempre! sin apartar de él ni un segundo, toda mi vida a ese amor. ¡Al amor que tú me distes! ¿Te acuerdas? ¡Qué tú me distes! ¡A ese amor, que a fuerza de mirarlo y de tener puesto en él mi alma, he llegado a adorarle del mismo modo que adora una madre al hijo de sus entrañas! ¡De ese amor, que es completamente mío! ¿Lo oyes? ¡¡Mío!!! Y ahora, si tienes alma, atrévete, atrévete a pedirme que te lo devuelva. (Llora.)

MER. (Algo emocionada.) ¿Pues por qué si así le quieres

- me haces sufrir de ese modo? ¿Por qué me martirizas de esta manera? Dilo!
- EDU. ¡Martirizarte! ¿Pero no comprendes que antes que verte padecer a tí, preferiría y hasta soportaría con gusto los tormentos más crueles si ellos pudieran ser el lenitivo de tus menores padecimientos?
- MER. Dejando a un lado como excepción de todo eso, el obsequio y agasajo a tus parientes.....
- EDU. ¿Otra vez vuelves con mis parientes?
- MER. No, yo no vuelvo con tus parientes. ¿Cómo he de volver si ni les conozco? Lo que te digo es que según te explicas, eres capaz de los sufrimientos más grandes; pero como yo veo que por encima de todos esos sufrimientos, está la abnegación de martirizarme, porque tú sabes que mi martirio mayor, es el tener que estar un día sin verte: y, sin embargo, al venir parientes tuyos a Madrid, ya se sabe, te ríes de que yo sufra, y entre ellos y yo, la elección no es dudosa, puesto que ni una vez los has dejado a ellos por venir aunque sólo hayan sido cinco minutos a estarte junto a mí.
- EDU. Vaya chiquilla que yo no consiento que penes más. ¿Qué quieres tú: vamos a ver? ¿Que no vuelva a liarme más con mis parientes? Pues no pases cuidado, que hasta voy a mudarme de domicilio para que no me encuentren. ¿Está bien así?
- MER. Es que ahora dices eso, pero ya verás como antes de que llegue la noche ya lo habrás echado al olvido.
- EDU. ¿Cómo echarlo al olvido! No lo creas. Figúrate como he de hacer eso que tu dices sabiendo que tengo un rival.
- MER. Si me juras cumplir lo que has prometido y venirte aquí todos los días, sin faltar uno; voy a decirte un secreto.

- EDU. Jurado, jurado al momento gitana de mi vida. Pero dime: ¿es bueno ese secreto?
- MER. ¿Tú me quieres de veras?
- EDU. ¿Pero tú no lo estás viendo? Con todo mi corazón.
- MER. Pues, lo mejor del mundo.
- EDU. ¿Qué? Tu madre ya te ha dado el consentimiento materno de mi admisión en la familia?
- MER. Mejor que eso.
- EDU. ¿Mejor que eso? Vaya dímelo pronto que me estás haciendo penar.
- MER. Pues oye. ¿Sabes tú lo del rival?
- EDU. Como no he de saberlo mujer si me has desvanecido todas mis esperanzas!
- MER. Bueno, pues no hay tal rival, sólo te lo dije para que te escarmentaras.
- EDU. Y ¿vaya si me escarmenté! ¿Pero es cierto eso que me dices, capullito perfumado?
- MER. Tan verdad, como que ésta es la luz del día.
- EDU. ¡Pues, bendito sea tu pico graciosa!
- MER. ¿Pero es cierto que me amas; granuja de mi alma?
- EDU. Tan cierto como que no faltaré ni un sólo día en venir a ver la luz de mis ojos.
- MER. Pues yo, hoy mismo pido a mi madre el consentimiento.
- EDU. Y el año que viene, pues que el cura se encargue de echarnos la bendición: y por *secula seculorum*..... (acción de bendecir.)
- MER. Casados.
- EDU. Claro mujer, y fuera más sufrimientos. ¡Oh, tú no puedes figurarte lo que padezco, anhelando que nos casemos!
- MER. Por qué, ese sufrimiento?
- EDU. ¿Porque..... pues..... ¿qué he de decirte?..... Vaya, para estar siempre juntos, y no como ahora, que no puedo estar contigo más que durante la siesta.

MER. Sí, eso es. ¡Siempre juntos!

EDU. ¡Claro! y luego que hayas obtenido la conformidad de tu madre, yo te hago entrega de todo mi patrimonio para que lo inviertas en lo que sea preciso para el matrimonio.

MER. Con que, ya vale que te vuelvas formal.

EDU. Desde luego que me volveré: figúrate, un hombre que dentro de un año, ya casado y poco después padre de familia.

MER. Y yo madre. ¡Oh! ¡Qué bonito es eso!

EDU. Más bonita aún eres tú, que pareces la misma esencia, sacada de la mejor perfumería.

MER. ¡Calla, que madre se ha despertado!

EDU. Pues me voy: no nos vea y vaya a desbaratarse nuestro plan.

MER. ¿Volverás mañana?

EDU. ¡Y tú me lo preguntas! Pues claro que volveré. Adios, clavelito oloroso.

MER. ¿Y de estos señores, no te despides?

EDU. ¡Ay, es verdad! Dispensen mi olvido. Ya ven ustedes como el día en que me case con esta chica me cae el gordo. ¡Tiene mucho talento! Gracias a ella que no he hecho una ingratitud a ustedes. Vaya, pues, que tengan todos muy buenas noches.

MER. No, hombre, que no es así, déjame a mí y aprende. (dirigiéndose al público.)

El día de nuestra boda
va a ser día de gran fiesta,
quedais todos invitados
para verlos desposados
a estos novios..... de la siesta

(TELÓN)



LA MUÑECA

LA MUÑECA

BOCETO DRAMÁTICO

ORIGINAL DE

FRANCISCO FUSTER



Al Doctor Don Jaime Piña Pomar

Fruto de mi pobre inspiración, este diálogo, necesita de un apoyo más seguro para no naufragar en el mar de las obras anónimas, por eso me atrevo a reclamar tu protección, logrando así al par que mi deseo, darte una prueba del cariño que te profesa tu sobrino

Francisco.

PERSONAJES

Elisa.
Jaime.
Un criado

La acción pasa en una capital de provincia
y en nuestros días.

Derecha e izquierda las del actor.





ACTO ÚNICO

La escena representa un rico salón. Balcón al foro con cortinajes, puerta lateral derecha de entrada. Otra a la izquierda que dá a las habitaciones interiores. ELISA sentada en una silla junto a un velador a la derecha. JAIME al levantarse el telón se sienta en un sofá a la izquierda de aquel. Uno y otro visten elegantemente.

ESCENA ÚNICA

ELISA, JAIME, al final un criado

- JAI. (Sentándose.) Bien, ya me tienes a tu lado.
¿Qué me quieres?
- ELI. Eso, tenerte.
- JAI. Extraño capricho a fe.
- ELI. ¿Extraño dices? Pues para qué nos casamos?
- JAI. Cierto, para tenernos, para ser el uno del otro. Son cosas harto sabidas esas, pero déjame que te diga que me sorprende ese capricho. porque para..... tenerse como tú dices no veo la necesidad de sentarme junto a tí. Unirse con el lazo indisoluble del matrimonio es hacer vida común..... vivir bajo el mismo techo, eso sí, pero no estar apareados como los bueyes de carreta.
- ELI. Mal humor gastas hoy.
- JAI. ¿Estás segura?
- ELI. Lo parece al menos.
- JAI. Pues nada hay de eso, pero adivino en tí,

algo que no es natural, a pesar de tus esfuerzos por parecer tranquila, te veo nerviosa, pálida.... y además, mejor me parece que quieres someterme a un interrogatorio, que no el simple deseo de estar junto a mí.

ELI. ¿Nerviosa? No, no lo estoy. ¿Interrogatorios? Tampoco. De estar junto a tí, sí. No el simple sino el loco deseo. ¡Ingrato! Tan extraño encuentras ese afán en mí? ¡Extraño! ¿Pues qué otra cosa he anhelado toda mi vida? ¡Toda mi vida, sí! Porque estoy segura que antes de conocerte ya lo anhelaba. (con firme convicción de lo que dice.) Sí, Jaime. ¡Yo desde que nací, te he amado!

JAI. Vaya, ¡qué loca eres! De tu amor, nunca he dudado. Pero ya sabes que producen mal efecto en mí, los sentimentalismos. Yo te amo tanto... o más que tú quizás pero naturalmente, como quiere el marido que ama a su mujer: nada de amores platónicos: éstos sólo sientan bien para cantados por poetas o para las personas desequilibradas.

ELI. ¡Cuán prosáico estás hoy! No decías lo mismo antes, cuando la ilusión que por mí sentías hacían brotar de ese corazón palabras que eran poemas que me embriagaban el alma! ¡Ay! ¡Aquel tiempo, qué hermoso! ¡Ya no volverá más!

JAI. En fin. ¿Es para eso tu empeño, en tenerme a tu lado? Te advierto, pues, que no estoy con humor para sufrir tus recriminaciones amorosas. Así pues cambia la conversación o me veré precisado a dar por terminado el coloquio.

ELI. No parece sino que seas tú el que está nervioso ahora. ¿Tan mal suenan en tus oídos mis palabras? Antes no sucedía así. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas cuando me hacías jurar una y

otra vez que te amaba, que te amaría siempre? Y ¡cómo te embelesaba escuchándome! Y yo juraba una vez, y otra, y otra hasta ciento o hasta mil. ¡Qué se yo! Y tú también, también jurabas quererme eternamente. ¡Y cómo gozábamos! Y a veces te empeñabas jurar más que yo, pero yo juraba más entonces. ¡Siempre te ganaba! ¡Ay! ¡Qué tiempo aquel!

JAI. Siempre has sido tenaz.

ELI. Siempre.

JAI. No extraño que ganaras.

ELI. Y tanto. ¡Yo ya nací tenaz! Yo creo que Dios antes formó mi carácter que mi ser.

JAI. Cuando tú lo afirmas.....

ELI. Estoy segura de ello, y para convencerte, voy ha referirte un detalle de mi vida que nunca te he contado porque, a pesar de todo no fué más que una niñada sin importancia, pero que por sí sola demuestra que es cierto que digo la verdad al afirmarlo.

JAI. Veamos, pues, en qué consiste esa niñada.

ELI. Verás: Yo tenía cinco años o poco menos, cuando mi padre, que santa gloria haya, me compró una muñeca un día que fué a la feria de un pueblo cercano. ¡Qué bonita era! ¡Con su cabellera rubia, sus ojitos azules, y su vestidito color de rosa! Al entregármela mi padre dentro una caja de cartón, me dijo que era un vestido que me traía, pero al abrirla me encontré con la muñeca cara a cara con su sonrisa que parecía saludarme. Tal fué mi contento que creí volverme loca. La hice una camita para que durmiera bien, la tapaba para que no tuviera frío, no paré hasta que mi madre la hizo algunos vestiditos; sólo me aquejaba el ver que no comía. ¡El trabajo que les costó a mis pobres padres conven-

cerme que las muñecas no comían! En mi infantil imaginación la veía viva, hablaba con ella y veía como me escuchaba y oía como me hablaba ella también. Pasaron dos años: mi hermanita menor tenía tres a la sazón y, un día se empeñó con mi muñeca, lloraba al principio, gritaba luego y pateó después. ¡Quería la muñeca! Mi madre quiso convencerme para que se la dejara un poco. —La tendrá sólo unos instantes me decía, — te la dará después. ¡Inútil empeño! ¿Darle yo mi muñeca? ¡Nunca! La muñeca era para mí, mi vida, mi ser, mi alma! (pequeña pausa.) Seguía la niña llorando y mi madre tratando de convencerme. ¡Vana químera! Yo *tenaz*, no quería dársela. Apurada mi madre entonces ante el insistente lloriqueo de mi hermanita, me la arrancó a viva fuerza y se la dió, pero con la prisa, estuvo la niña torpe al ir a cogerla y se cayó al suelo y como era la cabeza de porcelana se quebró en varios pedazos,

JAI. ¿Llorarías al verlo?

ELI. ¡Llorar! No tuve tiempo. Súbito me vino una ola de sangre a la cabeza y perdí el sentido. Casi enfermé. Después, cuando recobré la razón sí lloré. No había quien fuera capaz a consolarme. Mi padre entonces me dijo que me compraría otra más bonita, pero yo ¡siempre tenaz! quería aquella. ¡Aquella, que amaba tanto como debe querer una madre a su hija! Recogieron los pedazos de la cabeza, y la llevaron a una tienda que con una pasta la compusieron como les fué posible, devolviéndola a casa con una cinta blanca que a manera de venda le pasaba por la frente para sujetar los pedazos hasta que se secase bien la pasta aquella.

JAI. Hubiéranla devuelto al estar arreglada por completo, sin necesidad de vendajes.

ELI. No fué posible ¡Quería mi muñeca! No pasaba minuto sin que la pidiera. Por eso la trajeron antes.

JAI. ¿Y qué pasó entonces?

ELI. Que mi padre al ver que se conocían demasiado las piezas engastadas, compró otra y me la entregó.

JAI. ¿Entonces, al ver la diferencia, te gustaría el cambio?

ELI. ¡Nunca! Entonces me pareció como si aquella otra venía a usurparme el cariño de mi pobre herida,—de mi enfermita, como yo decía.—No sé que sentí en mi ser, pero la cogí con rabia loca y la tiré con toda mi fuerza infantil al suelo, haciéndose mil pedazos al tiempo que gritaba: Esa no, yo quiero la mía. ¡Aunque esté enferma, yo la quiero! ¡Esta es mía! ¿Enferma? Bueno. ¡Pero es mía!

JAI. ¿Y tus padres entonces?

ELI. Callaron. Conocían mi tenacidad, mi carácter, y no dieron señal alguna de violencia.

JAI. De lo expuesto resulta, que quieres demostrarme que con tenacidad estás resulta a quererme siempre, de cuya conducta te estaré altamente agradecido. Siempre es una ventaja.

ELI. ¿De veras que lo es?

JAI. ¡Qué duda tiene!

ELI. ¿Ya estás ahora más contento? ¿Ya no te molesta que estemos juntos?

JAI. Y antes tampoco me molestaba. Si nunca me ha hecho violencia pasar ratos y más ratos en tu compañía. Al contrario, es mi gusto. Pero los hombres nos debemos a nuestras ocupaciones, a nuestros negocios. Ahí tienes por qué aun no comparto contigo más momentos

de solaz y dulces coloquios. Y ahora, querida Elisa, creo que no tendrás inconveniente que a mi pesar te deje sólo por poco tiempo. Voy a salir.

ELI. (Resuelta, su nerviosidad, su carácter domina.) No, no te muevas. (Transición.) Si aun quiero tenerte más a mi lado. ¿Es que no te sientes bien a mi lado? ¿Qué necesidad tienes de irte? ¿Ves? Son las nueve. (Señalándole un reloj que habrá de pared.)

JAI. Necesidad..... verás, iré un rato al casino.

ELI. No vayas.

JAI. ¡Pesada estás a fe! He de ir.

ELI. No irás.

JAI. ¡Cómo! ¿Te opondrías acaso?

ELI. Me opongo.

JAI. Te desconozco..... ¡Ah!..... ¿Es tenaz tu empeño?

ELI. En grado superlativo.

JAI. Nunca, a fuer de buen caballero he ejercido violencia a persona alguna. A mujer menos. He de irme. No te empeñes en lo contrario, porque a pesar de tu ridículo empeño, me iré.

ELI. Créeme, Jaime, no te empeñes tú. Nuestra entrevista no ha concluído. ¡Tenemos que hablar aún!

JAI. ¿Hablar?

ELI. ¡Mucho!

JAI. ¡Hablar! ¿De qué?

ELI. De muchas cosas. ¿Otra vez nervioso, violento? ¡Calma! ¿Por qué no estás tranquilo cómo yo lo estoy? ¿Qué causa puede haber en tí, para que así contraigas tu gesto?

JAI. ¡Deliras! Tus ojos son los que brillan más de de lo regular. Debes tener fiebre. Retírate, descansa; es lo mejor.

ELI. ¡Descansar! ¡Quién descansar pudiera!

JAI. ¡Esas palabras!..... ¿Qué pasa en tí? Quiero saberlo.

ELI. (Con arrebató amoroso.) ¿Me amas, Jaime?

JAI. ¿Lo dudas?

ELI. (Con amargura.) ¡No!

JAI. ¿Entonces.....?

ELI. ¿Pero me amas? Dilo. Quiero oírlo de tus labios, quiero que lo jures, ¿sabes? ¡cómo antes! Pero jura la verdad: ¿Me amas? Di.

JAI. ¿Otra vez? Pero no acabas de decir tú misma que no lo dudas?

ELI. Porque es verdad. Porque no lo dudo, porque lo sé, porque sé la realidad, porque la conozco, porque sé que no, que no me amas. Ahí tienes porque no lo dudo.

JAI. ¡Elisa!

ELI. (Con dolor; es el dique de la pasión, de los celos, de la certeza de ser engañada el que se rompe para echarlo en cara del culpable. Es la mujer digna. Es la mujer tenaz, característica del personaje.) ¡Basta, Jaime! ¡No puedo más! No sé fingir. ¡No quiero, no puedo! No Jaime, tú ya no me amas. ¡Tus juramentos! Tus juramentos son falsos, falsos como tú. (Rompiendo en llanto.) ¡Qué desdichada soy, madre mía! ¡Qué desdichada!

JAI. ¡Estás loca!

ELI. ¡Ojalá!

JAI. ¡Ea, acabemos! No tolero más estas palabras. Explica que te pasa y acabe de una vez esta violenta situación.

ELI. ¿Lo deseas? ¿Lo quieres? Pues sea: Dudaba de tí al principio, te velaba, te seguí tus pasos una vez, y otra, y otra hasta cerciorarme, hasta convencerme, hasta palpar la realidad. Sí, Jaime. ¡Tú tienes una amante!

JAI. ¡Falso, mientes!

ELI. ¡Tengo pruebas!

JAI. ¡Vengan pues!

ELI. (Sacándose una carta muy arrugada del seno. El papel pequeño y de color.) Míralas ahí. ¿Las ves? ¡Una

carta! Mira la firma. ¿Conoces la letra, la conoces? Dilo, no mientas, no disimules. ¡Si, sé la verdad, si la sé! ¿Para qué mentir? ¡Es inútil!

JAI. ¡Elisa!

ELI. ¡Estás anonadado! ¡Lo que pesa la culpa! (Leyendo y enseñándote la carta.) Te espero a las once, mi marido hoy estará fuera. Tuya, Pepita.

JAI. Te dieron esa carta para engañarte.

ELI. ¡El que quiere engañarme eres tú! ¿No te digo que es inútil que mientas, que sé la verdad? ¿Que estoy cierta? Esta carta, la compré

JAI. ¿La compraste?

ELI. Al que te la llevaba. ¡Si yo te espiaba! ¡Quería convencerme de tu criminal pasión! Criminal, sí, pues al mismo tiempo de herir mortalmente el honor del esposo ultrajado, asesinabas mi alma!

JAI. Y bien ¡No lo niego! ¿Qué exijas de mí?

ELI. ¡Al fin! ¿Que otro remedio te queda? Confesarlo, sí. ¡Si está probado hasta la evidencia! ¡Perjuero! ¡Perjuero! Y yo que te amaba como nunca amé cosa alguna de este mundo! Ya no hay duda. ¡Engañada, engañada, Dios mío! ¡Qué infeliz soy!

JAI. ¡Cálmate!

ELI. ¿Calmarme? (Con fiereza.) Sí. ¡Cuando esté vengada!

JAI. ¿Vengada?

ELI. Vengada, sí. ¡Venganza horrible! ¿Pues qué te creías? ¿Que iba a dejar impune tu delito? Te equivocas. Me vengaré. Ya he empezado.

JAI. ¿Cómo?

ELI. ¿Cómo? Descubriendo al marido burlado, al ladrón de su honra.

JAI. ¿Qué has hecho?

ELI. Lo que oyes. Soy tenaz, cruel, si quieres. Sí; en su poder tendrá ya la carta en que yo se lo digo. Y tu domicilio también. ¡Para que venga! ¡Para que te mate!

JAI. ¿Y eres tú, quién habla así? ¿Tan enorme es mi delito?

ELI. ¡Cómo no puedes imaginártelo! Porque te me has robado, porque has matado mi ilusión, mi vida, mi corazón, mi dicha! Todo, todo! Porque te quería entero para mí, porque eras mío!

JAI. ¡Elisa, oye!

ELI. ¡Escucha, han llamado!

CRI. (Por la puerta lateral derecha.) Don Pedro Jimenez. Dice que urge hablar con el señor: En la antesala aguarda. ¿Qué le digo?

ELI. (Si vengadora, ha preparado la emboscada, ahora cuando es realidad el peligro, se acobarda, teme perder al hombre que ama con delirio loco. Así, pues, con una seña indica al criado que diga que no está, que ha salido, a tiempo que cierra con la llave la puerta lateral derecha por donde ha salido el criado.)

JAI. (Aprovechando la escena anterior, cuando cierra la puerta Elisa, saca de su americana un revolver y apuntándolo a su sien, dice:) ¡Qué has hecho, mujer fatal! ¡Antes la muerte que la humillación! ¡Dispara el arma.)

ELI. (Loca de terror y presa de una excitación nerviosa, extensa, corriendo hácia el cadáver y arrodillada en tierra levantándole la cabeza.) ¡Ah! ¡Jaime! ¡Jaime! ¡Sangre! ¡Sangre, sí! ¡Agua... una venda! ¿Dónde? ¡Ah! ¡Este pañuelo! ¡Jaime, Jaime mío! (Le ha puesto la venda, ve que es cadáver, ve la venda pasada por la frente, queda ensimismada, lívida. Sigue viendo el pañuelo que le ha puesto a manera de venda. Su rostro se vuelve risueño, su ser, su cara completamente infantil..... Es que ve a la muñeca hecha pedazos con la cinta también a guisa de venda en la cabeza de Jaime.) ¡Já, ja, ja! ¡Cómo mi muñeca! (Con ambición infinita le estrecha la cabeza contra su pecho y dice:) ¡Pero es mío! (Se sienta por fin al suelo, es ya completamente una niña. Ya no tiene a Jaime, es

a su muñeca, le pone la cabeza entre sus piernas y meciéndosela como si quisiera dormirle, al tiempo que se oyen fuertes golpes en la puerta de entrada, dice, cantando y a tiempo que cae el telón muy pausadamente.)

Duerme, niña mía.....

¡Pobrecita, está enferma! ¡Pero, es mía!

¡Es mía! ¡Já, já, já!

(TELÓN)

